

HISTORIA DE UNA
PINTURA INCÓMODA

Ese no soy yo

POR LUIS RODOLFO CUELLO. Un funcionario con malos modales. Un pintor afecto a las casas de citas. Un retrato por encargo que no satisface al cliente. Ingredientes listos para detonar en esta crónica de principios del siglo pasado.

Corría el año 1920 y el gran artista sevillano Don Ricardo López Cabrera, establecido en estas tierras unos diez años antes, desempeñaba el cargo de profesor de dibujo y pintura en la actual Escuela de Bellas Artes Figueroa Alcorta. Acababa de asumir el demócrata Rafael Núñez como gobernador de la Provincia, la Reforma Universitaria había ocurrido dos años atrás y Córdoba seguía tan convulsionada como en la década anterior.

Desde fines del siglo XIX ya estaban reglamentadas las "casas de tolerancia", llamadas así por estar toleradas por el estado, siempre y cuando cumplieren los requisitos y ordenanzas ajustadas a la ley. Las había de varias categorías según la cantidad de pupilas y las condiciones del establecimiento. Esas mujeres tenían carné sanitario y dependían en un todo de su "madame" o regente del lenocinio, generalmente propiedad de tratantes de blancas, actividad muy desarrollada y lucrativa desde esos tiempos. Aquella zona roja estaba limitada a la margen norte del Río Primero, hoy Suquía. Y Don Ricardo López Cabrera, como todo caballero de esa Córdoba de iglesias y puteríos, frecuentaba uno en especial con alguna regularidad.

Don Ricardo había contraído nupcias con Doña Rosario Jiménez, hija del gran artista español José Jiménez Aranda, profesor de López Cabrera. Don Ricardo había asistido a la Academia de Santa Isabel de Hungría, en Sevilla, y al propio atelier de su profesor. Y como dice el dicho, tanto va el cántaro a la fuente que... había terminado llevándose a su hija Rosario al altar.

El desembarco de López Cabrera había sido en 1911 previo paso por Buenos Aires. Y tras un breve regreso a España, había retornado definitivamente a Córdoba, parando por un largo tiempo en el Hotel La Argentina, ubicado en Trejo y Caseros, hoy Facultad de Derecho.

Como decíamos, en la incipiente década del 20 Don López Cabrera ya era un afamado profesor y más reconocido pintor. El retratismo era un "rebusque" que le bastaba y sobraba a Don Ricardo para atender a la pequeña burguesía cordobesa siempre ansiosa de ver sus rostros y sus figuras perpetuados en el tiempo. Vale acotar que no había muchos pintores con semejante oficio y academia. Estaban Pérez, Piñero y Pelliza, o el también español Cardeñoso, pero en materia de moda se imponía Don Ricardo, por su calidad y también por el hecho de haber sido contratado por Emilio Caraffa para la Academia de Dibujo y Pintura que éste dirigía. López Cabrera venía de ultramar y eso a Córdoba la seducía: "Lo de afuera siempre es mejor".

Así dadas las cosas, un prominente miembro del gobierno de Rafael Núñez, Doctor él, políticamente muy afianzado en el Partido Demócrata y con muchas ganas de escalar posiciones sociales,

le encargó a Don Ricardo un retrato —su retrato— como para pasar a la posteridad. Un secretario del político contactó al artista y este último le concedió la primera entrevista, a la que luego se agregaron varias más, para que el pintor pudiera observar todo gesto, ceño y mirada y lograra de esa manera darle al retrato esa característica de “persona viva”.

Las sesiones de pintura se sucedieron entre charlas políticas y sobre la gran guerra que había finalizado recientemente pero cuyos horrores aún no habían cesado. Y la clásica conversación, una vez que el trato fue fluido, cordial y de confianza, llegó al tema de las putas. Como quien se sienta en el sillón de su peluquero de siempre, el Doctor comentó sus logros en materia sexual con prostitutas de diferentes burdeles, jovencísimas ellas. Y mientras la primera fase del retrato iba llegando a su fin, comentó entre risas el cocoliche que hablaban las pobres chicas, traídas bajo engaños a ejercer el viejo oficio.

Luego el político se retiró, ya que normalmente el retratado no ve su figura hasta que el artista concluye su obra; solo posa para que el pintor registre ese gesto característico que dará a la pintura. Luego, ya a solas, el autor plasma en la tela la vestimenta del modelo y los detalles del fondo.

Y finalmente el día de ver el retrato concluido llegó. Previo pago de los honorarios convenidos, el Doctor volvió a sentarse en el mismo sillón que había usado para posar y esperó a que el artista retire el paño para descubrir el lienzo donde había estado estampando su figura de ilustre prohombre. En el instante inmediatamente posterior, con el rostro primero lívido y luego rojo de furia, exclamó a los gritos que ese que estaba allí no era él, que ni su propia madre lo reconocería si lo viera colgado en la sala de su casa.

López Cabrera, atónito, sin saber qué decir, sin poder articular palabra alguna, lo miró azorado. Nunca le había pasado una cosa así, todos sus retratos habían sido más que bien recibidos dada su fama adquirida en España y la ya reconocida en Argentina. Los gritos del político sumaron improperios y comenzaron a exigir la devolución del dinero entregado. El artista, con un gesto de tremenda molestia, arrojó violentamente al suelo el paño que hasta hacía momentos recubría el retrato, buscó en el bolsillo interno de su saco el importe en efectivo que había recibido minutos antes y lo entregó en manos del enfurecido Doctor con un gesto de disimulada calma. Acto seguido, el político se levantó del sillón y airadamente guardó el dinero al tiempo que murmuraba por lo bajo pero en volumen audible para el artista: “*Esto me pasa por acudir a pintorcitos de mala muerte*”.

No fue una tarde agradable para Don Ricardo López Cabrera, quien al rato se sentó en el mismo sillón que había usado el Doctor de prosapia, tomó su violín —un Amati, aseguraba él— y mientras miraba el retrato dejó salir de sus dedos una me-

Con el rostro primero lívido y luego rojo de furia, el político exclamó a los gritos que ni su propia madre lo reconocería si lo viera colgado en la sala de su casa...

lodía. Tocó, pero sin dejar de pensar qué hacer con la despreciada pintura. Tal vez un paisaje de las sierras de Córdoba o alguna escena de su Sevilla taparían la figura del casi prócer cordobés... Pero de pronto se incorporó del sillón, levantó del suelo el paño que había usado para cubrir el retrato del ilustrísimo y procedió a envolverlo con él muy cuidadosamente. Con el cuadro bajo el brazo y paso decidido, Don Ricardo salió a la calle, tomó el primer mateo que pasó y se dirigió a la zona norte de la ciudad, la zona roja, la margen norte del Río Primero. López Cabrera fue más que bien recibido: era cliente habitual de ese burdel. Mientras mantenía una animada conversación con la regenta del lupanar, le manifestó que se sentía tan bien tratado allí que quería dejar un regalo para la sala de entrada del lugar. Y de inmediato desarrolló la pintura, solicitó permiso para retirar un espejo de la pared y colgó allí el cuadro rechazado. Los pedidos se volvieron ruegos, imploraciones, para que ese retrato fuera entregado al secretario del político, dado que cantidad de cordobeses, por no decir la mayoría, hablaban de cómo el rostro y la figura de uno de los brazos derechos del Gobernador Núñez adornaban el ingreso de un burdel, transformándolo en el hazmerreír de la sociedad local. Finalmente, el retrato llegó a manos de su retratado, previo pago del dinero convenido anteriormente. Nunca más se supo qué fue de aquella obra. Y nunca sabremos quién fue el ilustre Doctor. ¿O sí?

» Este relato fue escuchado de boca del Maestro Miguel Ángel Budini una cálida tarde de primavera en una también cálida Galería de Arte de Avenida Vélez Sársfield, allá por 1983.



RICARDO LÓPEZ CABRERA. AUTORRETRATO.
Óleo sobre tela.
Colección Museo Palacio Ferreyra.